

Bolivia: Los problemas de la democracia

Carlos Toranzo Roca



Bolivia: Los problemas de la democracia

Abstract

La democracia representativa es una forma de goberarnos demasiado reciente en Bolivia que, en su mejor momento, no pasó de dos décadas: sólo a partir de 1982 se la comenzó a construir y, con más intensidad, desde 1985 con la democracia pactada: la fase de pactos entre partidos políticos que ayudó a superar el “trauma de gobernabilidad”. Antes de eso, en dos siglos de vida republicana en Bolivia hubo dictaduras militares, gobiernos revolucionarios surgidos de golpes de Estado, gobiernos civiles que emanaron del voto, pero que no edificaron democracia representativa y no se construyó un Estado fuerte y legítimo; la política y la democracia en Bolivia se resume en: sociedad civil fuerte, levantisca, aguerrida y, muchas veces, radical, frente a un Estado débil, un problema para el desarrollo de la democracia.

Introducción

El presente artículo trata de identificar algunos problemas de nuestra democracia, busca mostrar cuáles podrían ser las causas de la existencia de ellos y, finalmente, pretende pasar revista a los desafíos que tiene el país para superar esos problemas de su democracia. Por eso, sus capítulos: 1: los problemas de la democracia, 2: ¿Por qué tenemos esos problemas?

Y un corolario breve sobre los retos de la democracia.

1. Los problemas de la democracia boliviana

En Bolivia la democracia representativa es demasiado joven, en su mejor momento no pasó de dos décadas, no sucede así en otros paí-

ses de América Latina como Argentina, Uruguay, Brasil o Chile que poseen democracias más añejas, hasta centenarias, pero no por ello consolidadas. En nuestro país sólo a partir de 1982 se la comenzó a construir y, con más intensidad, eso sucedió desde 1985, al fundarse la democracia pactada, la misma que inició la fase de pactos entre partidos políticos que ayudó a superar el “trauma de gobernabilidad”, caracterizado por la imposibilidad de elegir presidente, luego de las elecciones presidenciales, entre 1978-1980.¹ En el pasado hubo dictaduras militares, gobiernos revolucionarios surgidos de golpes de Estado, gobiernos civiles que emanaron del voto, pero que no edificaron democracia representativa; durante décadas, especial desde los años cuarenta del siglo XX la política boliviana se debatía entre la contradicción militares y COB-FSTMB, movimientos sindicales, en especial, minero fabril y ferroviario.

En dos siglos de vida republicana no se construyó un Estado fuerte,² legítimo; al contrario, la marca de la política boliviana está caracterizada por la presencia de instituciones frágiles, ya sea el parlamento, el Poder Judicial, los partidos políticos, la contraloría, el Banco Central. Si se trata de ilustrar gráficamente la política y la democracia en Bolivia, eso se resume en una figura: sociedad civil fuerte, levantisca, aguerrida y, muchas veces, radical, frente a un Estado débil. La debilidad del Estado ha sido, y aún lo es, un problema para el desarrollo de la democracia.

Junto a la debilidad del Estado está –como lo dijimos– la fragilidad de sus instituciones: éstas no son consistentes y son cambiadas constantemente, cada gobierno se siente en la necesidad de refundar todo de nuevo, de ese modo se atenta contra la construcción de instituciones estables.³ Ni el Poder Judicial, ni el Legislativo, ni el Electoral han dado muestras de fortaleza institucional, cada uno de ellas se debilita constantemente. El fenómeno se extiende a la Con-

1 TORANZO, Carlos: *Rostros de la democracia: una mirada mestiza*. Plural Editores-ILDIS. La Paz, 2006.

2 Se atribuye a la debilidad del Estado, a su escasa presencia en las fronteras y a las pérdidas en las contiendas bélicas del Pacífico, del Acre o del Chaco.

3 Eso llega al extremo que cada ministro o viceministro nuevo, cae en la lógica del borrón y cuenta nueva, dejando de lado todo lo que hicieron sus antecesores.

traloría, Banco Central, Gobernaciones y municipios; quizás desde la aprobación de la Ley de la Participación Popular en 1994, algunos municipios ganaron algo de fortaleza institucional, pero eso pasa en las capitales de departamento, pero no sucede así en más de 300 municipios, en especial rurales que tienen una excesiva debilidad institucional. La situación es peor en el campo de las gobernaciones, éstas no cuentan con fortaleza institucional, como tampoco la tenían sus antecesoras, las prefecturas. De otra parte, los partidos políticos no solo que son débiles, sino que ni siquiera alcanzan la estatura de ser instituciones.

Aunque desde la Constitución Política de 1826 se hablaba de vigencia del Estado de Derecho, sin embargo en casi toda nuestra historia no existió separación de poderes, los *check and balances* no han sido elementos de nuestra historia política. En la mayor parte de ésta, el Poder Ejecutivo absorbió o cooptó a los demás Poderes del Estado. Cada régimen que sube al poder, sea de derecha o de izquierda, tiene la misma intención: cooptar a los demás Poderes del Estado. En el sistema hiperpresidencialista que poseemos, ni el Poder Legislativo, ni el Judicial han tenido independencia, otro tanto ocurrió con el Poder Electoral. Colateralmente, la norma ha sido la judicialización de la política: jueces y fiscales son y han sido usados por los Poderes Ejecutivos para someter a quienes disienten del poder; los fiscales juegan el rol de policías para reprimir a opositores. Quiere decir que tradicionalmente el Poder Ejecutivo usó al Judicial para eliminar a sus adversarios.

Es difícil tener una democracia sana si el sistema de justicia es venal e incompetente; tanto en el pasado como en el siglo XXI ella es la institución más ilegítima. Si a algo le temen los bolivianos es a una justicia que no funciona, ésta es para servir al gobierno de turno y a los poderosos. Los procesos judiciales sólo avanzan si se paga a los jueces, la detención preventiva se ha convertido en una costumbre en el país, hay miles de presos sin sentencia. La justicia se ocupó de amparar a la corrupción, la propia y la del Poder Ejecutivo y de los poderosos. De manera frecuente, esa justicia es digitada por el Poder Ejecutivo, más todavía desde que se ha instaurado la

elección popular de jueces, lo cual ha politizado en extremos a ese Poder. Si algo caracteriza a la democracia boliviana es la impunidad de los corruptos, pues la justicia se ha encargado de protegerlos o de lavarles la cara.

La democracia debería implicar la existencia de oportunidades para todos, pero en el país se restringen las oportunidades para las mujeres, éstas están discriminadas, laboral y salarialmente. Los puestos ejecutivos y gerenciales, sean del aparato público o de la empresa privada, están en manos de hombres. Si bien hay Ley de Cuotas y de paridad,⁴ siempre se las relega a un segundo puesto; hay acoso político contra ellas cuando asumen puestos de representación política, los partidos políticos se encargan de presionarlas para que renuncien a sus cargos de elección popular. De otra parte, la violencia contra la mujer es excesiva, la Ley para garantizar a las mujeres una vida libre de violencia es sólo declarativa y, en la realidad, no funciona. Una justicia operada de manera machista impide la defensa de las mujeres. Los feminicidios se han naturalizado en el país, al año cientos de mujeres son asesinadas por sus parejas,⁵ las cuales, en general, quedan impunes. La justicia sobre la violencia doméstica se ha penalizado con lo cual se les dificulta a las mujeres lograr justicia ante sus reclamos.

La democracia no es de jóvenes, los partidos a lo largo de nuestra historia les han cerrado el paso, o si los han llamado, es para darles tareas menores. Los cargos de representación, en general, están en manos de gente mayor. No hay una sana combinación entre experiencia y juventud. Para llegar a un puesto público o de la empresa privada se les exige una vasta experiencia en un país en el cual no hay oportunidades laborales para los jóvenes. De todas formas, a pesar de esas limitaciones, los jóvenes actúan en la política, no lo hacen como en el pasado militando en los partidos políticos; antes

4 La Ley de cuotas de 1997.

5 NOTA DEL EDITOR: En 2021, 108 mujeres fueron asesinadas en Bolivia en casos flagrantes de feminicidios, lo cual se considera que es sólo "la punta del iceberg" de la cifra real de feminicidios en el país cada año. Fuente: s/a: "Feminicidios 2021: 108 mujeres fueron asesinadas en Bolivia, según Fiscalía". *Opinión*, 03 de enero de 2022.

bien, huyen de éstos, participan por medio de las redes sociales y accediendo a nuevas tecnologías. Sus demandas o utopías no son grandilocuentes como las de los partidos políticos, tienen más bien demandas puntuales, ya sea medio ambiente, derechos sexuales y reproductivos, lucha contra la corrupción, libertad religiosa, adscripción a los movimientos LGBT. Su participación política está íntimamente ligada a las nuevas tecnologías en boga, por eso actúan vía Facebook, TikTok o Instagram.

La democracia convive junto con la discriminación cotidiana a los pobladores rurales; los campesinos e indígenas son discriminados por una buena parte de la población urbana. Se da el extremo que pobladores urbanos de origen popular discriminan con más intensidad a los campesinos e indígenas. Esto implica que la inclusión social no está lograda, no obstante que desde los años 40 con el Congreso Indígenal,⁶ con la revolución de 1952, con la Marcha por el Territorio y la Dignidad de 1990 se han dado pasos de avanzada para aumentar la inclusión social. Si bien la Constitución reconoce la pluriculturalidad y la multietnicidad, sin embargo, la democracia aún no es intercultural, falta mucho trecho para que esto suceda, además, el sesgo del gobierno actual radica en que, postulando la multiculturalidad, sin embargo, solo impulsa la cultura aymara,⁷ sin dar espacio a las demás. Si en el siglo xx discursivamente se ha dado mucha importancia a los indígenas, se les ha dotado de tierra pero, a la par, los llamados “interculturales”, (Cocaleros) amparados por el Estado despojan a los indígenas de sus territorios. De otra parte, el mundo campesino no tiene muchas opciones económicas, ni las creó el Estado de 1952, ni tampoco el Proceso de Cambio. No en

6 El Congreso Indígenal se realizó en 1945 durante el gobierno militar de Gualberto Villarroel. La Marcha por la Dignidad y el Territorio en 1990, durante el régimen de Jaime Paz Zamora.

7 NOTA DEL EDITOR: Según el Censo de Población y Viviendas de 2012, 1.598.807 personas se autorreconocían como aymaras, lo que representaba el 15,9 % de los 4.199.977 entrevistados que se autorreconocieron en dicho censo al responder la pregunta PERTENENCIA A ALGUNA NACIÓN O PUEBLO INDIGENA ORIGINARIO CAMPESINO y que, a su vez, representaban el 41,7 % de los 10.059.856 censados. <https://www.ine.gob.bo/index.php/censos-y-banco-de-datos/censos/>, Pertenencia a algun Pueblo.xlsx.

vano algunos autores hablan, en referencia al Estado de 1952, como un Estado anticampesino.

La democracia boliviana es extraña, pues opera sin demócratas; los bolivianos, en su mayoría, no somos demócratas, no lo somos en la vida cotidiana ni en nuestras actuaciones políticas; somos portadores de una cultura autoritaria, la misma que fue forjada en la escuela, la familia, las iglesias, los sindicatos o los partidos.⁸ Muy difícil para que la democracia funcione, si lo que opera en la realidad es la lógica *amigo-enemigo*; no se reconocen adversarios, sino enemigos por eliminar. Desde los años 40 del siglo xx y con más intensidad después de la Revolución de 1952, hemos recibido la *indoctrinación* política de los partidos marxistas de los movimientos sociales (FSTMB-COB) y del propio nacionalismo revolucionario que, a pesar de apuntar a la alianza de clases, siempre empujó la lógica amigo-enemigo; debido a eso, cada gobierno, cada partido tiene la ilusión de eliminar a sus enemigos y construir su dictadura propia. Paradoja de la democracia boliviana: cada uno de sus actores pretende construir su propia dictadura, eliminar a los enemigos, a quienes no considera adversarios con los cuales discutir y concordar un futuro común para Bolivia.

Toda democracia debería impulsar la libertad de pensamiento, de expresión, de prensa, el derecho al disenso, pero en Bolivia no sucede eso, normalmente el poder sanciona a quienes no piensan como él, los gobiernos atacan quienes disienten del poder. Cada gobierno intenta limitar las libertades ciudadanas, trata como enemigos a quienes no son obsecuentes con el poder, manipula a las instituciones de defensa de derechos humanos⁹ o al Defensor del Pueblo; con mucha regularidad intenta dividir a las organizaciones sociales que no están adscritas a las decisiones del gobierno. Persi-

8 LAZARTE, Jorge: *Bolivia: Certezas e Incertidumbres de la democracia. La Nueva Lógica Política en Acción*. Los Amigos del Libro. La Paz, 1993.

9 La paradoja de muchas instituciones de defensa de los derechos humanos es que ellas fueron muy activas en su labor durante dictaduras militares o gobiernos de derecha, pero cuando las izquierdas llegaron al poder se olvidaron de sus tareas. Parece que eran, ante todo "revolucionaria" y no defensoras de los derechos humanos que son de todos, de izquierdistas o derechistas.

guen a las ONG que sean críticas a las posturas gubernamentales. En el pasado no estar del lado del poder implicaba prisión, exilio, asesinatos; ahora, en los nuevos tiempos, el poder acosa con la Renta Interna, con los fiscales. Usualmente, los medios de comunicación son sancionados desde el poder si ellos no lo defienden; la pauta publicitaria es el arma que se utiliza el poder para penalizar las discrepancias.

La historia generó una cultura política corporativa, de defensa de intereses particulares y de olvido del interés general; los corporativismos en Bolivia existen hace dos siglos, el Estado de 1952 le dio más intensidad al corporativismo político, las corporaciones del MNR, los obreros, campesinos y militares, sostuvieron al régimen de la Revolución Nacional. Populismos y corporativismos caminaron de la mano durante décadas y lo siguen haciendo; el nacionalismo revolucionario de 1952 fue profundamente corporativo, por ello antidemocrático; el Proceso de Cambio actual, que es nada más que un piso adicional del nacionalismo revolucionario, es más profundamente corporativo e intensamente antidemocrático; es más, el norte del Proceso de Cambio no es solo ser autoritario sino el de coronar en una dictadura. Nuestra democracia no es de ciudadanos, es de corporaciones que solo apuestan por sus intereses particulares y no por el interés general. La Participación Popular aprobada en 1994¹⁰ fue una reforma estatal que impulsó la ciudadanización del país, pero ella no logró su cometido, pues la fuerza de la historia del corporativismo es muy difícil de superar en pocas décadas. Todo Estado corporativo es autoritario y es eso, precisamente, lo que ha marcado la historia de la democracia boliviana.

Tenemos una democracia sin un sistema de partidos políticos, no lo hubo antes, menos aún en la actualidad. En la época de la democracia pactada, 1985 hasta 2005 hubo un atisbo de construcción de ese sistema pero, con menos de dos décadas de vida, sucumbió rápidamente por errores de los partidos, por sus falencias, por su lejanía de la sociedad, y también por la vitalidad de los movimientos

10 La Ley de Participación Popular fue aprobada en 1994 durante el primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada.

sociales que históricamente han sido más fuertes que los partidos políticos. No en vano en Bolivia la forma-sindicato ha sido, en general, dotada de más fuerza que la forma-partido, en el futuro no parece que se vengan cambios muy importantes en este tema, más aún si en el mundo y, en especial, en América Latina, hay un desafecto general por los partidos. A los bolivianos, les encanta la política pero, paradójicamente, no han militado en partidos, han hecho su actividad política al margen de ellos, normalmente se han adscrito a sindicatos y no a partidos. El sindicato en Bolivia no es solo de asalariados, lo es de todo y de todos: sindicatos agrarios, sindicatos de gremiales, sindicatos de desocupados, sindicatos de chutereros,¹¹ en fin, sindicatos de todo, pero poca militancia en partidos. No es solamente por la crisis de la forma-partido que arrastramos desde fines del siglo pasado, no es únicamente por la deslegitimación de los partidos que está de moda, sino que, en la historia boliviana, los partidos no han sido organizaciones fuertes y sí lo han sido, más bien, los sindicatos. Partidos, quizás lo fue el MNR revolucionario y, luego, el MAS, aunque ambos han sido más movimientos que partidos. Pero, en general, el partido no ha sido el lugar para participar en política. Los bolivianos han hecho política bajo la forma-sindicato; aunque no sean organizaciones de asalariados, se han agrupado bajo esa modalidad; lo hicieron obreros, campesinos, gremiales, desocupados, prácticamente todos. Este es un sello especial de la política y democracia en Bolivia. Pero no hubo democracia interna en los partidos políticos, tampoco la existió ni existe en los sindicatos bolivianos.

Bolivia se caracteriza por ausencia de ciudadanía o por tener una ciudadanía incompleta, porque hay una brecha muy grande entre derechos y obligaciones. Los bolivianos tenemos una alta conciencia de nuestros derechos, pero eludimos las obligaciones, eso conduce a no respetar la Constitución ni las leyes. Desde la Constitución garantista de 1938 dictada durante el gobierno de Toro, Bolivia está llena de derechos para sus habitantes,¹² pero si en ella había

11 *Chutero* es el que ingresa al país vehículos indocumentados.

12 La Constitución de 1938 fue aprobada durante el gobierno de David Toro Ruilova.

muchos derechos, en la Constitución de 2009, aprobada durante un gobierno de Evo Morales y que cambió la República por un Estado Plurinacional, se reconocen centenas de derechos, desde el derecho al trabajo, a la educación, a la vivienda, a un medioambiente sano. Pero la asimetría con las obligaciones es muy alta; esto ha devenido en que los bolivianos tengan solo consciencia de sus derechos, pero que casi nunca reparen en sus obligaciones; como tal, le piden todo al Estado, porque así lo ampara su Constitución, pero ellos, desde la parte de sus deberes, no cumplen su contraparte democrática. De ese modo, cuando hay un desbalance tan marcado entre derechos y obligaciones, no es fácil construir una democracia con ciudadanos responsables.

Los cambios políticos y democráticos en nuestro país no siempre suceden por la vía de las instituciones, sino por medio de otros mecanismos que, algunos, los han denominado *la política en las calles*.¹³ La añeja costumbre política de la sociedad civil son las marchas, huelgas, bloqueo de caminos, cercos, autocrucifixiones; todo este tipo de movilizaciones está incorporado a la memoria de la sociedad. Muchas veces las “minorías eficientes” –grupos corporativos– manejan todas esas movilizaciones para lograr cambios políticos, mejoras sociales o para impedir algunos avances de las políticas gubernamentales. Buena parte de esas acciones son violentas, no poseen códigos democráticos. En buena medida, el exceso de la política en las calles ayudó a desinstitucionalizar al país,¹⁴ a destruir instituciones, a desoír al Poder Judicial, Electoral o Legislativo. La gente sabe que sus reivindicaciones se las consigue en la calle, por medio de la presión y de la violencia y no por la vía de los canales institucionales. Esto se resume en que Bolivia tiene mucha sociedad y poco Estado, pero no necesariamente una sociedad civil democrática.

13 CALDERÓN, Fernando y SZMUKLER, Alicia: *La política en las calles. Política, urbanización y desarrollo*. Plural Editores. La Paz, 1982.

14 Una cosa es la necesaria participación sana de la sociedad civil en los temas políticos y otra, distinta, el exceso de participacionismo al estilo de la política en las calles, cuyo resultado es debilitar a las instituciones.

tica.¹⁵ Si esa es la forma de la acción política, queda claro que ella no ayuda a fortalecer a las instituciones; antes bien, las debilita, por tanto, su correlato implica que la construcción de la democracia se hace más difícil.

La política en Bolivia es maximalista, los bolivianos han sido educados en el maximalismo, cada acción política de los actores sociales es hasta las *últimas consecuencias*. No hay puntos intermedios, es todo o nada, se gana o se pierde, se derrota al enemigo o se cae humillado en la derrota. Los actores de la sociedad civil se movilizan para pedir imposibles, sin pensar las viabilidades de sus exigencias, pero con sus códigos maximalistas debilitan al Estado y a la propia democracia. Se le pide al Estado todo: buena salud, excelente educación, trabajo en una sociedad de repleta de informales, jubilaciones del 100 % de lo ganado en el último mes de trabajo. A la empresa privada le exigen estabilidad laboral cuando ella está quebrada; en fin, se pide todo al Estado y a la empresa privada. Como se sabe la política, la democracia, en el fondo es pacto, diálogo, negociación, pero los actores no admiten nada de eso, al contrario, con sus códigos maximalistas, descalifican a quienes intentan caminar por los senderos de la concertación. De esa manera es muy complicado construir democracia, con actores formados en la violencia y el maximalismo político.

La distancia entre la palabra de los políticos y la práctica es algo que erosiona constantemente a la democracia. Los líderes, los políticos en épocas electorales ofrecen todo a la población, no reparan en la inviabilidad de sus propuestas, están cegados por la necesidad de llegar al poder; y la sociedad que escucha esas propuestas, muchas veces, cree en ellas y lleva al poder a quienes ofrecieron lo que sabían de antemano que no podían cumplir. Los políticos, los líderes, casi nunca han respetado su palabra; siempre ha existido una brecha enorme entre sus palabras, sus promesas y lo que hicieron en la realidad. En muchas ocasiones hicieron todo lo contrario de

15 En la literatura política sobre Bolivia hay muchas loas y aplausos por la existencia de una sociedad civil fuerte, aguerrida, pero poco se habla que ella no es democrática, sino que, más bien, posee rasgos muy fuertes de autoritarismo.

lo que proponían en épocas electorales. Esa asimetría, esa distancia entre la palabra y los hechos, es la que ha deslegitimado y debilita aún a la democracia. Esta brecha es solo comparable a todo lo que ofrece la Constitución como incontables derechos y lo que existe en la realidad concreta, que es casi nada.

América Latina ha construido su historia política en torno al caudillismo, en los más de esos países el caudillismo es todavía central en la política; muy pocos de ellos, quizás como Uruguay, han disminuido el peso de ese fenómeno. En Bolivia el caudillismo es el sello de la política y de la democracia, lo es desde hace dos siglos y continúa hasta el presente, en el devenir histórico se habla de los caudillos bárbaros y de los caudillos letrados, se hace alusión a caudillos militares y caudillos civiles. La independencia de Bolivia habría sido imposible sin la presencia de caudillos como Bolívar o Sucre, la naciente republica sería inexplicable sin el Mariscal Andrés de Santa Cruz, luego tuvieron importancia Manuel Isidoro Belzu, Mariano Melgarejo. Después en el siglo xx la historia está llena de caudillos, la segunda parte de ese siglo está marcada por la presencia de Víctor Paz Estenssoro y el inicio del siglo xxi por Evo Morales.

Como norma de la política, cada organización partidaria, hasta sindical, si quiere ser viable, precisa de un caudillo¹⁶ y lo busca, sea dentro del partido –u organización– o fuera de él: desea tener su predestinado, su mesías. Todos los políticos querrían ser caudillos, porque así tendrían un poder omnímodo, sin los contrapesos que posee cualquier democracia. En la política boliviana no hubo y no hay estadistas,¹⁷ quizás los hubo pocos, solo existió la tendencia al caudillismo y donde eso sucede, la democracia es frágil, pues el caudillo sustituye a las instituciones y, más bien, él se convierte en la institución de la cual dependen todos.¹⁸ Y eso, claro está, denota más autoritarismo que democracia.

16 Por ejemplo, la Central Obrera Boliviana (COB) sería inexplicable sin Juan Lechín Oquendo.

17 Hay quienes señalan que Víctor Paz Estenssoro sí tuvo la talla de estadista.

18 El caudillo evita que haya un segundo o un sucesor en el partido, si hay atisbos de su existencia, lo elimina.

La obsecuencia de los militantes, de los dirigentes ante sus jefes o caudillos es la marca de la política boliviana, eso le hace daño profundo a la democracia pues destierra el juicio crítico.¹⁹ Los entornos palaciegos, de los partidos, de los sindicatos, son obsecuentes, lo son porque entienden que esa es la forma de escalar en los peldaños del poder. Pero eso le hace mal a la democracia porque la priva de la crítica sana y de la autocrítica. Los militantes, los jefes políticos callan sobre los errores de sus caudillos, solo hablan o expresan lo que desea oír el Jefe. Es más, se adelantan a los deseos de sus Jefes, haciendo las listas de quienes deben ser perseguidos, de los que requieren ser acallados. La carrera política no está marcada por la libertad, por la meritocracia; antes, bien, los ascensos, los nombramientos, dependen de la voluntad del Jefe, éste da y quita, él es el dueño de la carrera de sus dirigidos. Cuando un militante, un jefe intermedio se atreve a hacer una crítica, es enjuiciado, expulsado del partido y así se corta su carrera política, todo esto funciona de ese modo en la pirámide del poder.

La democracia boliviana se ha desarrollado de la mano del patrimonialismo, pues los políticos han usado tradicionalmente lo público como un bien privado, los bienes del Estado, ya sean del nivel nacional, intermedio o local, son dispuestos como propiedad privada por los jefes de la política; presidentes, ministros, gobernadores, alcaldes, subalcaldes, senadores, diputados poseen el mismo patrón de comportamiento, salvo honrosas excepciones. Estas conductas son iguales entre partidos de izquierda o de derecha, entre civiles y militares. Cuánto más poder tiene el funcionario, con más intensidad se despliega el patrimonialismo, éste llega a extremos cuando los gobernantes son caudillos que no están sometidos a ningún tipo de control.

Al patrimonialismo la democracia boliviana le suma la lógica del prebendalismo, los partidos y los políticos, en general, salvo pocas excepciones buscan el poder no para solucionar la pobreza, la inequidad, los grandes problemas del país, sino para buscar su enriquecimiento

19 *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa es la historia novelada de la obsecuencia en la República Dominicana.

propio. Quizás en el pasado muchos políticos eran transparentes, entraban a luchar en la política con la finalidad de realizar un servicio público, pero, conforme pasa el tiempo, más todavía a finales del siglo xx y en el siglo xxi eso ha quedado atrás y se imponen las finalidades de tipo prebendal.²⁰ Con una justicia sometida al Poder Ejecutivo, sin el funcionamiento del estado de derecho, sin la existencia de pesos y contrapesos en la democracia, la dupla prebendalismo y corrupción van de la mano. Eso lo entiende buena parte de la población y por ello se aleja de los partidos o detesta a los políticos, pero eso no quiere decir que no haya gente que deje de entrar en la política pues sabe muy bien que no hay necesidad de estudiar, de luchar en la meritocracia para ascender; antes bien, entienden que entrando a la arena política pueden lograr rápidamente enriquecimientos ilícitos. Con la presencia cada vez mayor del narcotráfico, que corroe las instituciones, el prebendalismo crece de manera descontrolada.

El manejo prebendal del Estado se junta, en la democracia boliviana, con el clientelismo que es la forma en que los partidos o los políticos logran apoyo para sus administraciones, cada régimen intenta crear su propia clientela incondicional, lo hace entregando dádivas; mayores son los regalos para las militancias cuando la torta de la renta estatal es más grande, cuando la economía está boyante. Las adhesiones a los partidos suelen estar en relación directa de lo que éstos entregan a sus clientelas, las más de las veces éstas son de carácter corporativo, lo fueron de manera nítida durante el régimen del MNR revolucionario y lo es de manera ampliada durante el proceso de cambio. Una vez que la renta estatal disminuye o se acaba, baja el apoyo de esas clientelas a los partidos o los regímenes que las usaron. Cada régimen ha premiado prebendalmente a sus clientelas y éstas, a cambio, dieron apoyo interesado a los gobernantes. Patrimonialismo, prebendalismo y clientelismo, son una trilogía que ha estado presente en nuestra historia, ella le hizo y le hace daño a la democracia boliviana.

20 Daba la impresión que los Paz Estenssoro, Siles Zuazo, Guevara Arze, Lechín Oquendo no buscaban el poder, impulsados por la lógica prebendal, sino por el deseo de hacer política. Eso los diferencia de la mayoría de los políticos actuales.

2. ¿Porque tenemos esos problemas?

Bolivia no tiene tradición de desarrollo de democracia representativa, su historia se ha desarrollado en el marco de inestabilidad política y de estallidos sociales y golpes de Estado que han impedido cultivar una democracia al estilo de los países de Europa o de Estados Unidos. Esa inestabilidad política ha impedido la construcción de un Estado fuerte y de instituciones dotadas de fortaleza. El Estado siempre estuvo lejos de la gente o en contra de ella, por lo cual no estaba dotado de legitimidad. Más grave aún: en más de un siglo, el Estado no tenía presencia a lo largo de todo el territorio, eso contribuyó mucho para que Bolivia pierda la guerra del Pacífico, la guerra del Acre o la guerra del Chaco. Hoy, en un país tan extenso, las fronteras no están cuidadas y permiten el desarrollo ampliado del narcotráfico y del contrabando. Si Bolivia no construyó Estado, la consecuencia siguiente es que no tuvo capacidad de construir instituciones fuertes dotadas de legitimidad, una de las grandes falencias de nuestra democracia la debilidad o casi inexistencia de instituciones y, de otra parte, el andamiaje institucional no correspondía al tipo de país que poseemos.

Además, la costumbre de los políticos radica que éstos tratan de fundar todo de nuevo, sin dar paso a la maduración de las Instituciones, sin esa continuidad no puede construirse instituciones fuertes y legítimas. Las instituciones requieren tiempo para madurar, para crecer, para probarse en la realidad, ninguna institución es un ave fugaz que dura uno o dos años, las grandes instituciones tienen una vida de décadas, de siglos, se transforman en una costumbre social que marca la vida de la democracia. La Constitución de los Estados Unidos tiene una vigencia de más de dos siglos, data de 1787, la población está acostumbrada a ella, a ningún partido político se le ocurrió cambiarla o modificarla de manera seguida en el tiempo

Los políticos se acostumbraron a buscar el poder absoluto, a evitar los controles; los pesos y contrapesos no están en su agenda; intentan desprenderse o eliminar a los adversarios y, asimismo, les es una ilusión la separación de poderes. La política nacional entiende que el único poder es el Ejecutivo, tenemos un sistema político

hiperpresidencialista, el presidente de la República es el soberano, por ello no es extraño que el Ejecutivo use al Poder Judicial para eliminar adversarios. La falta de consistencia institucional ha derivado en la edificación de un sistema judicial débil y, lo que es peor, venal. El uso que hizo siempre el Poder Ejecutivo de la justicia, impidió la independencia judicial y abrió las puertas a la corrupción e impunidad: La corrupción ha sido la razón de existencia de un poder que ha servido para enriquecer a los administradores de justicia y no para dar justicia a la población. Por ello, no es extraño que ese poder funcione sólo a través de la prebenda.

La cultura política está dominada por el machismo, no se considera a la mujer con los mismos derechos ni capacidades que los hombres; en una sociedad de este tipo, las instituciones son manejadas por lo masculino, los hombres se resisten a soltar sus privilegios, a pesar de los que digan las leyes; las leyes contra la violencia hacia las mujeres son poemas, lirismos que no funcionan en la realidad concreta. La escuela, la familia y las iglesias han hecho poco para eliminar al machismo, por el contrario, lo impulsan. La escuela no impulsa a las mujeres a las ciencias, sino hacia una educación en extremo tradicional; por su parte, las familias, padres y madres, tampoco aportan mucho para vencer al machismo, al contrario, lo instalan dentro de los hogares.

El poder en Bolivia ha sido siempre de los mayores, tenemos una suerte de “achachicracia”,²¹ la cultura política aún no valora lo que pueden hacer los jóvenes, por ese hecho se los discrimina y no se les abren oportunidades en la política y en el poder. En la propia vida cotidiana está la presencia del poder de los mayores, por ejemplo, en las fiestas o reuniones familiares, se da de comer, primero, a los viejos y se deja para el final a los jóvenes y niños. La familia, la escuela, duda mucho de las destrezas y de las capacidades de los niños y de los jóvenes; solamente con el avance tecnológico, se advierte que el analfabetismo digital es de los mayores y se abre la posibilidad de que los menores, sean niños o jóvenes, sean maestros de los adultos en el manejo de la computadora, del celular o de las

21 *Achachi*, en aymara es viejo.

redes sociales. Es cierto que el fenómeno que describimos era más intenso en el pasado, pero, eso no quiere decir que haya cambiado radicalmente.

El racismo y la discriminación contra los indígenas, los campesinos y la población rural, e inclusive contra sectores populares de la población es un hecho que marca por siglos a la cultura política y a la vida cotidiana de los bolivianos; quiérase o no, hay conductas señoriales en algunos sectores de la población. La cultura aristocrática del racismo y discriminación todavía no ha desaparecido, se renueva constantemente.²² No obstante, hay avances para mitigarla, pero no son suficientes todavía; el Congreso Indígenal de 1945 durante el gobierno de Gualberto Villarroel, la Revolución Nacional de 1952, el Proceso de Cambio de inicios del siglo XXI, han dado pasos gigantes para mitigar el racismo y la discriminación; no obstante esos procesos políticos, el fenómeno continúa y muestra una de las fragilidades de la democracia boliviana. La paradoja en el siglo XXI es que sectores campesinos empoderados por el proceso político, portadores de las armas del Poder estatal, discriminan a quienes los discriminaron antes, convirtiendo el racismo y la discriminación en un fenómeno de ida y vuelta.

Bolivia no ha impulsado la democracia en la política ni en la vida cotidiana, al contrario, siempre ha vivido desplegando códigos autoritarios, la población con mucha frecuencia ha aplaudido el autoritarismo, eso ha sucedido a lo largo de toda nuestra historia. Se ha normalizado la vida en escenarios de autoritarismo, tanto en la política como en lo cotidiano. Las instituciones por siglos han reforzado los rasgos de autoritarismo en el país, lo que ha impedido la generación de demócratas. En el subconsciente de los bolivianos anida la lógica amigo-enemigo, ésa que conduce a entender a los adversarios como enemigos a los cuales eliminar, tanto los partidos políticos como los sindicatos son portadores de esa cultura autoritaria, ni unos ni otros valoran la libertad de pensamiento, ni el derecho al disenso, ni la libertad de expresión, como tampoco la libertad de prensa. Por todo ello, no se cultivan los valores democráticos.

22 ZVALETA, René: *Lo nacional popular en Bolivia*. Siglo XXI. México, 1986

Nuestra historia política no es la de construcción de democracia representativa, más bien, ésta es una cosa lejana para la gente, quizás sea el ideal de muchos intelectuales, pero en la realidad concreta, hay una población que no la siente como una demanda necesaria; nuestra historia política es más la de la edificación constante y reiterada del corporativismo. Eso fue y es válido para las “derechas” de la aristocracia, como para las “izquierdas” revolucionarias; ésa fue la modalidad de construcción del poder político. La Revolución de 1952 consolidó la idea corporativa del poder, los “movimientos sociales”, los sindicatos hacían parte del corporativismo emenerista.²³ Esa cultura se incorporó al subconsciente de los bolivianos donde vive todavía; el MAS y el Proceso de Cambio le puso un piso adicional al corporativismo, a la cabeza de los cocaleros,²⁴ con la compañía de campesinos, indígenas, gremiales, “bartolinas”,²⁵ choferes y una amplia multitud de gremios.

De manera concomitante con la ausencia de democracia representativa, los bolivianos no se han sentido representados por los partidos políticos, éstos, en general, estuvieron distantes de la gente; las organizaciones partidarias fueron muy débiles, con poca consistencia institucional; curiosamente eso es discordante con el hecho que muestra que la población boliviana es muy politizada. A los bolivianos les interesa la política, participan de ella, discuten cotidianamente sobre temas políticos y hasta partidarios, pero, no se adscriben a partidos políticos, salvo en las grandes irrupciones populistas cuando los partidos de Estado tienen capacidad de repartir renta entre sus clientelas. Pero, si la población no entra en los partidos políticos, en cambio, cultiva otra costumbre, la de participar en sindicatos, éstos son quienes cobijan a la mayoría de la población; los hay de asalariados y no asalariados, de obreros y campesinos, indígenas jóvenes o desempleados, de organizaciones territoriales;

23 Emenerista: militante o simpatizante del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

24 Los cocaleros son el núcleo político del MAS.

25 “Bartolinas”. Hace referencia a las mujeres que pertenecen a la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia Bartolina Sisa.

es debido a esto que se indica que Bolivia tiene una sociedad civil densa y organizada.

Bolivia a lo largo de su historia no tuvo educación cívica dirigida a construir ciudadanía, la currícula de la educación no incluyó temas de formación en valores democráticos para apuntalar la creación de ciudadanos. Las responsabilidades de las definiciones sobre las escuelas estuvieron en manos de políticos sin interés en la creación de ciudadanos, o bajo la tuición de las dirigencias sindicales que sólo miran sus derechos y eluden sus obligaciones, o que solo defienden sus intereses corporativos.²⁶ Con ese tipo de educación, no se pudo construir equilibrio entre derechos y obligaciones que es una de las características de la ciudadanía.

Cada país construye su democracia de distinta manera; en Bolivia, el proceso político evadió lo institucional, lo dejó de lado y, más bien, dio impulso a la “política en las calles”; es en la calle, en la trinchera, en la violencia de los manifestantes donde se cultivó la cultura de enunciar demandas y lograr resultados, éstos no siempre han sido eficientes, pero eso no ha impulsado a que la población deje de usar esos métodos para agitar demandas o posicionar temáticas. Esa costumbre ha dificultado la creación de una cultura institucional, a la par, ha conducido a crear una democracia llena de falencias.

Dentro de una cultura autoritaria y no democrática, desconocedora del diálogo y de los pactos y consensos pudo anidar y desarrollarse el maximalismo en la política, impulsó la lógica del todo o nada, de las movilizaciones hasta las últimas consecuencias, de las peticiones exageradas que no toman en cuenta el músculo del Estado o de la empresa privada para atender demandas. Paralelamente, las Constituciones de 1938 o la de 2009 de carácter marcadamente social, impusieron en la letra de la ley una lista de derechos de todo tipo que, obviamente, ni el Estado ni la empresa privada pueden

26 En casi todos los países de América Latina los sindicatos del magisterio han sido reacios a las reformas educativas, al cambio de currícula que enfatice los temas referidos a los valores democráticos. Esos sindicatos hacen parte de los movimientos revolucionarios, pero son conservadores en lo que toca a la educación.

garantizar pero, que abre las puertas a las movilizaciones sociales, muchas veces violentas, para conseguirlos.

En su búsqueda del poder, para los políticos todo vale, por eso en las épocas electorales prometen todo, a sabiendas que no podrán cumplir lo que ofrecen; pero esas promesas inflaman la sed de esperanza de los ciudadanos que, después, aplicarán la “política en las calles” para exigir lo ofertado, de manera que se amplía el círculo vicioso de movilizaciones y de desinstitucionalización del país. La costumbre política de muchas promesas, de exceso de verbo, generó una gran brecha entre la palabra y los hechos y de ahí surgió el descrédito de los partidos, de los políticos y de la propia democracia.

Donde no hay partidos políticos fuertes, con vigorosa institucionalidad, cuando no hay democracia interna y no hay un camino meritocrático para ir ascendiendo dentro de la organización para alcanzar puestos de dirección o recibir nominaciones de candidaturas a puestos de elección popular, entonces no hay una vía institucional de ascensos y, justamente por eso, los políticos descubrieron que la obsecuencia es la mejor escalera para subir en el poder. Ante la falta de institucionalidad, el jefe, el caudillo es la única “institución”, esto se repite desde presidente, ministro, gobernador o alcalde. Pero, el exceso de la obsecuencia es el de autoridades y militantes ante el caudillo, porque éste es quien da y quita el poder, solo lo presta a sus allegados, hasta el momento en que él tome otra decisión.

Al inicio de la creación de la República en el siglo XIX para la aristocracia era normal usar como privado todo lo público, el patrimonialismo estaba normalizado en la vida política, no en vano los gobernantes eran dueños de hombres y de haciendas; hacían todo lo que querían con los bienes de Estado. Por otro lado, mantenían el poder con base en prebendas, usufructuando de los bienes públicos, dando contratos prebendales a sus allegados, a sus propios abogados y familiares, así pasaba con la entrega de tierras, de minas y de cualquier bien del Estado, por tanto, el patrimonialismo iba de la mano del prebendalismo, eran y son una pareja indisoluble. ¿Cambió esto en el siglo XX o en el siglo XXI? Para nada, a los políticos y gobernantes les parecía norma actuar de esa manera, ni liberales, ni

republicanos, después el MNR revolucionario, y en el siglo XXI con más intensidad con el Proceso de Cambio, ese fenómeno se acentuó, consolidando la pareja prebendalismo y patrimonialismo.

Desde muy temprano en la historia política boliviana, ya en el siglo XIX, los políticos descubrieron que para mantener el poder había que tener baños de multitud, es decir, mantener a grupos sociales como elementos de apoyo, así surgieron las clientelas, quienes eran y son dóciles a los designios del poder, de los partidos gobernantes. Eso lo hizo el liberalismo, los republicanos, el MNR de 1952 y actúa de ese modo el MAS en el siglo XXI. Está claro que el clientelismo no es gratis, éste se mantiene con fondos públicos y, como ya mencionamos, es mucho mayor cuando el poder tiene acceso a la renta estatal para distribuirla entre sus allegados pero disminuye la clientela cuando esa renta cae o desaparece. Por tanto, la trilogía patrimonialismo, prebendalismo y clientelismo, se convirtió en parte consustancial de la política y de la democracia en Bolivia.

3. Corolario: Los retos de la democracia

Uno de los retos políticos del país que tomará años es aceptar que la democracia representativa es útil, necesaria, adaptable para Bolivia pero, con rasgos de heterodoxia por no ser un país desarrollado y por la interculturalidad existente en el país, requiere que ella sea plural, fundada en la participación ciudadana, no solo en los códigos de la política en las calles que desinstitucionaliza a la democracia; ella precisa fundarse en el diálogo, en la concertación, el pacto, costumbres hasta ahora rechazadas en Bolivia. Quizás únicamente impulsando la democracia representativa podamos construir una visión compartida de país, pues en dos siglos de existencia de la lógica de guerra no fue posible un acuerdo entre todos para mirar conjuntamente el futuro.

Es preciso aceptar socialmente la necesidad de construir un Estado fuerte, no autoritario, más bien dotado de legitimidad, que esté cercano a la gente y le sirva a ella; hasta ahora el Estado, que representaba solamente a algunos, se ocupaba de reprimir a los

demás actores sociales. Requerimos entender que sin Estado no hay desarrollo, éste es solo posible aparejando un Estado fuerte y una sociedad del mismo tipo. Debemos tener simultáneamente un Estado vigoroso, no autoritario, y una sociedad civil de carácter ciudadano muy proactiva.

Un desafío urgente es construir instituciones legítimas, respetadas por la población; reconstruir las instituciones que se han desmontado, esto exige paciencia, darles tiempo para que maduren, no refundarlas cada vez que entra un nuevo régimen. El desarrollo exige instituciones legítimas, fuertes, útiles para las necesidades de la gente, instituciones confiables que tengan existencia duradera y no la fugacidad que las ha caracterizado hasta el presente. Pero, todas esas instituciones deben ser adaptables a nuestra realidad.

Se precisa disminuir el peso del hiperpresidencialismo que induce al fortalecimiento de los caudillos; los partidos, la población, los políticos deben admitir la existencia de los *check and balances* en la construcción de la democracia, sin esos controles se eternizará el dominio del Poder Ejecutivo sobre los demás poderes. El corazón de una democracia es su Poder Electoral, éste debe ser independiente; de no ser así, será solo un instrumento para eternizar poderes ilegítimos. Pero es el propio ciudadano quien no debe otorgar el poder absoluto a nadie, así sea de su color político. Se precisa criticar a aquellos Poderes que son absorbidos por el Ejecutivo, debemos generar la costumbre de admitir el equilibrio de poderes.

Una tarea ineludible para la democracia es la reforma del sistema de administración de justicia: ésta debe ser meritocrática, sujeta a controles que eviten la corrupción y el uso abusivo por parte del poder. La reforma debe tender a la existencia de una justicia oportuna, equitativa, disponible para todos, no sólo para los adinerados ni los gobernantes. Hasta el presente la justicia es un instrumento que usa el Poder Ejecutivo para enjuiciar a los opositores, para amedrentar a quienes disienten del poder. La reforma de la justicia que condujo a que los magistrados surjan del voto directo del ciudadano ha envilecido y partidizado más todavía al Poder Judicial, pues éste depende del partido que aprueba las

ternas de jueces en el Parlamento, esa politización de la justicia le ha hecho un daño mayúsculo al sistema de justicia.

La escuela debe ser el lugar desde donde se evite el desarrollo de una cultura machista, la curricula, la educación impartida por los maestros requiere evitar el machismo, pero un refuerzo importante para ese logro es que la familia sea otra escuela para desterrar al machismo; todo esto puede tomar mucho tiempo, pues una cultura no se cambia de la noche a la mañana, por eso es hora de comenzar con esa tarea. El poder público precisa abrirse a entregar igualdad de oportunidades a hombres y mujeres, a niños y niñas. La justicia y la policía deben dejar de reestigmatizar a las mujeres que sufren violencia, asimismo, la justicia debe evitar el acoso político a ellas; los partidos políticos son los primeros en instalar el acoso político contra las mujeres. Se requiere disminuir la distancia entre las leyes que las protegen y su mala aplicación; sin atacar a la impunidad de la violencia contra la mujer, no se habrá comenzado la lucha contra el machismo.

El poder público requiere entender que los jóvenes son sujetos de cambio, debe dejar de mirarlos como los sujetos que hay que domar y domesticar; se requiere que el Estado en todos sus niveles entienda los problemas de los jóvenes y que oiga las demandas de estos; los oídos del poder son de “ancianos” que no entienden los códigos culturales de las juventudes, pues éstas son diversas, son urbanas, rurales, regionalmente distintas, enfocadas en nuevos temas. Las organizaciones políticas deben comprender que sin la presencia de jóvenes son inviables, precisan entender que las juventudes son las portadoras del cambio tecnológico en la sociedad, en las organizaciones políticas y en todas las instituciones. Si antes los viejos querían alfabetizar con sus códigos a los jóvenes, es hora que sean alfabetizados tecnológicamente por las nuevas generaciones, esto debe partir desde la aceptación de los maestros que tienen un atraso digital tremendo comparado con las habilidades de las juventudes.

Las leyes contra el racismo y la discriminación no han servido, son utilizadas de manera instrumental o política desde el poder para atacar a los enemigos, por eso tienden a deslegitimarse. Se

precisa crear otra cultura de afirmación y respeto de la diversidad, ésta no es un problema, antes bien, es un gran capital de los pueblos. Es imperioso formar a los niños en el respeto a los otros, a los diferentes, a los de otras edades, otras culturas, otros orígenes sociales. La escuela no debe reproducir el racismo y la discriminación, es ahí donde se debe iniciar la formación de nuevos ciudadanos respetuosos de los otros, de los diversos. Los partidos con el fin de perpetuar el poder no deben usar la racialización de la política porque de esa manera ahondan el racismo y la discriminación, hasta ahora siguen haciéndolo y en esa medida crean polarizaciones, odios y cicatrices que son difíciles de curar.

Se requiere una educación que forme ciudadanos, demócratas, precisamos que la escuela ayude a desterrar la cultura del autoritarismo, hasta ahora la curricula de la escuela no enfatiza la enseñanza de los valores democráticos ni los valores de la vida cotidiana. Se forma niños que deben saber algo de matemáticas, castellano, historia, geografía y otras materias, sin enfatizar algo que es crucial: la formación de ciudadanía, ni la creación de una cultura de derechos y obligaciones, la aceptación de los códigos de respeto de la diversidad. La escuela, las ONG, las cooperaciones internacionales, la universidad y el propio Estado deben impulsar la educación en valores democráticos, en el respeto a las libertades inherentes a la democracia.

Una tarea difícil para nuestra democracia radica en disminuir el peso político de las corporaciones, bajar la valoración del corporativismo, formar una cultura ciudadana, desterrar las formas corporativas de alcanzar y mantener el poder; su contrapeso radica en la formación de una cultura ciudadana; esta tarea, si hay voluntad política de hacerla, tomaría mucho tiempo. Pero, por ahora, no está en la mente de quienes detentan el poder, lo cual se cruza con la inexistencia de una cultura democrática en el país. Mientras sea la política en las calles el método de agitación de demandas y logro de reivindicaciones, será difícil bajar el poder del corporativismo, pues las corporaciones son las especialistas en tomar las calles para conseguir sus metas.

Se requiere demostrar que los saltos políticos, que el logro de reivindicaciones y demandas, pueden tener cauces institucionales, marcados por el diálogo y los acuerdos y que la única modalidad de conseguirlos no es por medio de la “política en las calles”, se precisa hacer entender que esta última, muchas veces o la mayoría de ellas, sólo sirve a minorías eficientes que logran beneficios corporativos pero que no apuntan al interés general.

El desafío para las organizaciones y partidos políticos es reinventarse, acercarse a la gente, generar democratización interna, promover la mirada estratégica de los problemas del país, mostrando el camino de las soluciones. Sin comprender el desarrollo tecnológico, sin aceptar a las redes sociales, es difícil que los partidos se *aggiornen* y generen algo de atracción en la gente. Están obligados a desechar las viejas ideas de las militancias autoritarias; en el mundo actual, si la gente se acerca a un partido, no es para militar como en los viejos tiempos, no es para portar ideologías cuasi dogmáticas, los jóvenes piden ideas nuevas, flexibilidad en las instituciones en las cuales participan, los partidos no pueden eludir esas exigencias. Su desafío es ocuparse de los temas que motivan a la gente, a los jóvenes, trabajarlos con la ayuda de la modernidad tecnológica, pero actuando con transparencia. Así, quizás los partidos puedan tener algún futuro.

Quizás solo una educación en valores democráticos puede lograr que los niños y también los mayores entiendan que en la democracia son tan importantes los derechos como las obligaciones, que todos ellos comprendan que para la cobertura o de las necesidades de la gente, es imperiosa la corresponsabilidad entre el Estado y la sociedad; no se trata de pedirle todo al primero sin que los actores sociales no pongan nada de su parte. Todo esto implica la necesidad de una educación para la democracia, no únicamente para la adquisición de ciertas destrezas.

Es necesario demostrar que el maximalismo crea odios, polarizaciones, las más de las veces innecesarias, además, no conduce a los mejores resultados para el desarrollo democrático. Muchas veces el maximalismo se choca contra deficiencias y limitaciones estructura-

les del país, que muestran que lo que se pide es imposible de dar en una Bolivia llena de carencias de todo tipo. Hay que empujar una cultura política que enseñe que el camino del diálogo, la concertación y el pacto son las vías más eficientes y menos violentas para mejorar nuestra democracia.

La ciudadanía debe penalizar a los políticos que no cumplen su palabra, a aquellos que prometen y no cumplen; el mecanismo para ello, en general, es el del voto, en elecciones generales, departamentales o municipales. Pero no solo actuar en esos espacios, sino que la ciudadanía no debe alentar a dirigentes que claramente son portadores de promesas demagógicas imposibles de cumplir. La población, el ciudadano, debe acostumbrarse a la cultura de la rendición de cuentas, pidiendo a los políticos, a los funcionarios que demuestren que cumplen lo que han ofrecido.

La sociedad es quien requiere aprender a buscar políticos que tengan la talla de estadistas, debe entender que los caudillos no tienen visiones de largo plazo, sino que sólo buscan el poder y su reproducción en favor suyo, habitualmente con discursos demagógicos. Es una tarea difícil que la sociedad se aleje de la cultura del caudillismo, pero si no lo hace, seguiremos debilitando la democracia o bajando la calidad de la misma.

La obsecuencia en la política requiere castigo social y no la tolerancia con la cual se la ha tratado por décadas o siglos; no podemos seguir normalizándola. Para eliminarla dentro de los partidos, se requiere la democratización interna de las organizaciones partidarias, la búsqueda de su institucionalización y la existencia de normas claras que señalen los caminos de los ascensos o las nominaciones para cargos de elección popular. Partidos autoritarios son el lugar propicio donde se cultiva la costumbre de la obsecuencia, ésta debe ser reemplazada por una cultura de aceptación de la meritocracia.

Está en manos de la sociedad y de las instituciones señalar y castigar al patrimonialismo, no debe haber tolerancia social para su existencia, no se debe tolerar el uso privado de los bienes públicos, ésa es una afrenta a la democracia. De igual manera, se debe llevar a la justicia a quienes usen el prebendalismo estatal para lograr su

enriquecimiento personal. La tarea de la sociedad es impedir la impunidad de quienes hacen uso del prebendalismo, para lograr esto se precisa una reforma profunda de la justicia. Hay que evitar que los recursos del Estado sean del gobierno central, gobernaciones o municipios, se invierta en la creación de clientelas que son movilizadas para apoyar acríticamente a los gobernantes. Es más, se debe llevar a la justicia a quienes desde el Estado gasten los recursos públicos para mantener clientelas.

La Paz, septiembre de 2022

Bibliografía

CALDERÓN, Fernando y SZMUKLER, Alicia: *La política en las calles. Política, urbanización y desarrollo*. Plural Editores. La Paz, 1982.

LAZARTE, Jorge: *Bolivia: Certezas e Incertidumbres de la democracia. La Nueva Lógica Política en Acción*. Los Amigos del Libro. La Paz, 1993.

s/a: "Feminicidios 2021: 108 mujeres fueron asesinadas en Bolivia, según Fiscalía". *Opinión*, 03 de enero de 2022. <https://www.opinion.com.bo/articulo/pais/feminicidios-2021-108-mujeres-fueron-asesinadas-bolivia/20220103091041849777.html>.

TORANZO, Carlos: *Rostros de la democracia: una mirada mestiza*. Plural Editores-ILDIS. La Paz, 2006.